

WILLIAM BARCLAY

**COMENTARIO  
AL NUEVO TESTAMENTO  
– Tomo 13 –**

---

---

**Carta a los Hebreos**



Editorial CLIE  
Galvani, 113  
08224 TERRASSA (Barcelona)

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO  
Volumen 13 - Hebreos

Traductor de la Obra completa: Alberto Araujo  
© por C. William Barclay. Publicado originalmente en 1970  
y actualizado en 1991 por The Saint Andrew Press,  
121 George Street, Edimburgh, EH2 4YN, Escocia.  
© 1994 por CLIE para la versión española.

Depósito Legal:  
ISBN 978-84-7645-749-8 Obra completa  
ISBN 978-84-7645-837-2 Volumen 13

Impreso en Publidisa

*Printed in Spain*

Clasifíquese: 0266 COMENTARIOS COMPLETOS N.T. -Hebreos  
C.T.C. 01-02-0266-10

**Referencia: 22.38.59**

WILLIAM BARCLAY

**COMENTARIO  
AL NUEVO TESTAMENTO  
- Tomo 13 -**

---

---

**Carta a los Hebreos**



## PRESENTACIÓN

Cuando leemos *La Carta a los Hebreos* nos damos cuenta de que es diferente del resto del *Nuevo Testamento*. En las biblias antiguas españolas se leía que era del apóstol Pablo, pero en las más recientes se la deja como anónima. Tampoco sabemos a quiénes iba dirigida, porque el título «A los Hebreos» se le puso más tarde, a falta de otro.

De los hebreos de Palestina tenemos muchos reportajes gráficos en los *Evangelios* y en el *Libro de los Hechos*; pero aquí ni siquiera se mencionan los fariseos y los saduceos, los romanos y los publicanos, el sanedrín y el templo, entre otras muchas cosas que esperaríamos; y sí se habla de otras de las que no trata ningún otro libro del *Nuevo Testamento*, como el Sacerdocio de Melquisedec, el Tabernáculo del desierto, el Día de la Expiación y el mismo Nuevo Testamento. Esto nos hace suponer que los cristianos del pueblo de Israel a los que se dirige este «mensaje de aliento» (13:22) —porque no cabe duda que se escribió para judíos que habían aceptado a Jesús de Nazaret como el Mesías— no eran los de Palestina, sino los de la diáspora, a los que pertenecería también el autor. Estos judíos, aunque mantenían contacto con «la madre patria», habían olvidado ya hacía mucho tiempo el hebreo y el arameo, y usaban en sus sinagogas la traducción al griego que se había hecho hacía ya tres siglos de las Escrituras del pueblo de Israel, entre las que incluían otros libros que ya se habían escrito originalmente en griego, algunos de los cuales heredó la Iglesia Primitiva.

Este es el ambiente en el que nos introducimos cuando leemos *La Carta a los Hebreos*. Para explorar sus secretos necesitaremos un guía experto en los vericuetos del judaísmo

del período intertestamentario; alguien que nos explique las palabras, alusiones, leyendas y técnicas interpretativas de aquellos hebreos que vivían en tres mundos: el de la Ley de Israel, el de la filosofía griega y el del Imperio Romano.

Y somos muy afortunados; porque «es verdad que tenemos el guía ideal que necesitábamos y que nos convenía tener»: William Barclay. A sus reconocidas dotes de comunicador, adjunta aquí sus conocimientos enciclopédicos de la antigüedad clásica, que fue su primera carrera universitaria; y, sobre todo, de la lengua y cultura helenística, de lo que era profesor en la Universidad de Glasgow. Con su estilo conversacional característico nos reconstruye ese periodo que, nos dice, «los cristianos debemos estudiar con interés especial; porque, si sus enemigos hubieran conseguido destruir totalmente la fe de Israel, como se propusieron, ¿cómo se habrían hecho realidad las promesas de Dios?»

En muchas cosas se identifican el autor y el comentarista de *La Carta a los Hebreos*. A William Barclay también se le puede aplicar lo que él dice de aquél: «El autor de *Hebreos* llega aquí a las consecuencias prácticas de todo lo que ha estado diciendo. De la teología pasa a la exhortación práctica. Es uno de los teólogos más profundos del *Nuevo Testamento*, pero toda su teología está gobernada por el sentido pastoral. No piensa sólo para sentir la emoción de la aventura intelectual, sino para apelar con más fuerza a los hombres para que entren en la presencia de Dios.»

Tampoco tienen los dos nada más que un «tema», que es Jesús, al que nos presentan en esta cantera inagotable de piedad y doctrina cristiana como El gran Pastor de las ovejas, Nuestro Precursor, El Pionero de nuestra Salvación, Ministro del Santuario, El Autor y Consumador de nuestra Fe, Rey y Sumo Sacerdote supremo, Apóstol de nuestra Confesión, Sacrificio definitivo e irreplicable, y otros títulos gloriosos que sólo Le pertenecen a Él, que podremos saborear y asimilar en la lectura y estudio de este libro.

*Alberto Araujo*

## ÍNDICE

<i>Introducción a la Carta a los Hebreos</i> ... ..	9
<i>El fin de lo fragmentario</i> (1:1-3) ... ..	19
<i>Por encima de los ángeles</i> (1:4-14) ... ..	24
<i>La Salvación que no debemos descuidar</i> (2:1-4) ...	29
<i>Recuperación del destino humano</i> (2:5-9) ... ..	32
<i>El sufrimiento esencial</i> (2:10-18) ... ..	34
<i>Más grande que el mayor</i> (3:1-6) ... ..	37
<i>Mientras dura el día de hoy</i> (3:7-19) ... ..	42
<i>El reposo que no osaremos perder</i> (4:1-10) ... ..	45
<i>El temor a la Palabra</i> (4:11-13) ... ..	49
<i>El Sumo Sacerdote ideal</i> (4:14-16) ... ..	52
<i>Identificado con la humanidad y con Dios</i> (5:1-10)	56
<i>Resistirse a crecer</i> (5:11-14)... ..	61
<i>La necesidad de progresar</i> (6:1-3) ... ..	64
<i>Crucificar a Cristo otra vez</i> (6:4-8) ... ..	69
<i>El lado más luminoso</i> (6:9-12) ... ..	73
<i>La esperanza que no falla</i> (6:13-20) ... ..	75
<i>El Sumo Sacerdote</i>	
<i>de la orden de Melquisedec</i> (7) ... ..	78
<i>El Rey y Sacerdote auténtico</i> (7:1-3) ... ..	87
<i>La grandeza de Melquisedec</i> (7:4-10) ... ..	91
<i>El nuevo Sacerdote y el nuevo camino</i> (7:11-20) ...	93
<i>El sacerdocio supremo</i> (11:17-19) ... ..	96
<i>El Sumo Sacerdote que necesitábamos</i> (7:26-28) ...	99
<i>El acceso a la realidad</i> (8:1-6) ... ..	103
<i>La nueva relación con Dios</i> (8:7-13) ... ..	107
<i>La gloria del tabernáculo</i> (9:1-5) ... ..	112

<i>El único acceso a la presencia de Dios (9:6-10)</i>	...	115
<i>El Sacrificio que nos da acceso a Dios (9:11-14)</i>	...	120
<i>La única manera de obtener el perdón (9:15-22)</i>	...	124
<i>La purificación integral (9:23-28)</i>	... ..	128
<i>El único Sacrificio aceptable a Dios (10:1-10)</i>	... ..	131
<i>Cristo es definitivo (10:11-18)</i>	... ..	136
<i>Quién es Cristo para nosotros (10:19-25)</i>	... ..	139
<i>El peligro que hay en todas las cosas (10:26-31)</i>	...	144
<i>El peligro de resbalar (10:32-39)</i>	... ..	147
<i>La esperanza cristiana (11:1-3)</i>	... ..	149
<i>La fe de la ofrenda aceptable (7:4)</i>	... ..	152
<i>Caminando con Dios (11:5, 6)</i>	... ..	155
<i>Uno que creyó lo que Dios le dijo (11:7)</i>	... ..	159
<i>La aventura y la paciencia de la fe (11:8-10)</i>	... ..	162
<i>Crear lo increíble (11:11, 12)</i>	... ..	166
<i>Forasteros y apátridas (11:13-16)</i>	... ..	167
<i>El Sacrificio supremo (11:17-19)</i>	... ..	171
<i>La fe que vence a la muerte (11:20-22)</i>	... ..	173
<i>La fe y sus secretos (11:23-29)</i>	... ..	175
<i>La fe que desafía a los hechos (11:30, 31)</i>	... ..	180
<i>Los héroes de la fe (11:32-34)</i>	... ..	183
<i>El desafío del sufrimiento (11:35-40)</i>	... ..	186
<i>La carrera y la meta (12:1, 2)</i>	... ..	192
<i>El nivel de comparación (12:3, 4)</i>	... ..	195
<i>La disciplina de Dios (12:5-11)</i>	... ..	196
<i>Deberes, objetivos y peligros (12:12-17)</i>	... ..	200
<i>El terror del Antiguo Pacto y la gloria del Nuevo (12:18-24)</i>	... ..	206
<i>La obligación suprema (12:25-29)</i>	... ..	209
<i>Las evidencias de la vida cristiana (13:1-6)</i>	... ..	211
<i>Los líderes y el Líder supremo (13:7, 8)</i>	... ..	216
<i>El verdadero y el falso sacrificio (13:9-16)</i>	... ..	217
<i>Obediencia y oración (13:17-20)</i>	... ..	221
<i>Oración, saludo y bendición (13:20-24)</i>	... ..	223



## INTRODUCCIÓN A LA CARTA A LOS HEBREOS

### DIOS SE REALIZA DE MUCHAS MANERAS

La religión no es la misma cosa para todas las personas. «Dios —como dijo Tennyson— se realiza de muchas maneras.» George Russell dijo: «Hay tantas maneras de subir a las estrellas como personas dispuestas a intentarlo.» Hay un dicho corriente en inglés que expresa muy bien esta gran verdad: «Dios tiene su pasadizo secreto para entrar en todos los tipos de corazones.» Hablando en general, hay cuatro grandes concepciones de la religión.

(i) Para algunas personas es *una íntima comunión con Dios*. Es una unión con Cristo tan estrecha y tan íntima que el cristiano puede decir que vive en Cristo y Cristo vive en él. Esa era la concepción que Pablo tenía de la religión. Para él era algo que le unía místicamente con Dios.

(ii) Para algunas personas la religión es lo que les da *un estándar para la vida y un poder para alcanzarlo*. En términos generales eso era la religión para Santiago y Pedro. Era algo que les mostraba lo que debería ser la vida, y que los capacitaba para alcanzarlo.

(iii) Para algunas personas la religión es *lo que satisface sus mentes al más alto nivel*. Con su inteligencia buscan y buscan hasta encontrar que pueden descansar en Dios. Fue Platón el que dijo que «no vale la pena vivir sin discernimiento.» Hay personas para las que el sentido de la vida consiste en entender

o morir. En conjunto, eso es lo que la religión era para Juan. El primer capítulo de su *Evangelio* es uno de los intentos más grandes del mundo para presentar la religión de una manera que satisfaga plenamente a la mente.

(iv) Para algunas personas la religión es *acceso a Dios*. Es lo que quita los obstáculos y abre la puerta a Su presencia viva. Eso es lo que era la religión para el autor de la *Carta a los Hebreos*. Esa era la idea que le dominaba. Encontró en Cristo al único que le podía introducir a la misma presencia de Dios. Todo lo que entendía por religión se resume en el gran pasaje de *Hebreos 10:19-23*:

«Por tanto, puesto que tenemos confianza para entrar en el santuario por la Sangre de Cristo, por el camino nuevo y vivo que Él nos abrió a través del velo, es decir, de su propia carne... acerquémonos con corazón sincero y con la plena confianza que nos da la fe.»

Si el autor de *Hebreos* tuviera una expresión característica sería: «¡Acerquémonos!»

## EL DOBLE TRASFONDO

El autor de *Hebreos* tenía un doble trasfondo, en cuyas dos partes aparece esta misma idea. Tenía *un trasfondo griego*. Desde los tiempos de Platón, quinientos años antes, los griegos habían estado fascinados con el contraste entre lo real y lo irreal, lo visible y lo invisible, lo temporal y lo eterno.

Los griegos pensaban que, en algún lugar, había un mundo real del que éste no es más que una copia imperfecta. Platón creía que, en algún lugar, había un mundo de *formas*, o *ideas*, o *modelos*, de los que todo lo de este mundo no era más que una reproducción. Por ejemplo: en algún lugar se encontraba el modelo de la silla perfecta, de la que todas las sillas de este mundo serían copias imperfectas. Platón decía: «El Creador del

mundo ha diseñado y desarrollado Su obra de acuerdo con un modelo inalterable y eterno del que el mundo es simplemente una copia.» Filón, siguiendo a Platón, decía: «Dios sabía desde el principio que una copia perfecta no se puede hacer nada más que de un modelo perfecto; y que ninguno de los objetos perceptibles a los sentidos podría ser sin falta a menos que se modelara conforme a un arquetipo y a una idea espirituales; así que, cuando hizo los preparativos para crear el mundo visible, formó primero el mundo ideal, para luego constituir lo corpóreo de acuerdo con el dechado incorpóreo y divino.» Cuando Cicerón estaba hablando de las leyes que la humanidad conoce y usa en la Tierra, dijo: «No tenemos una semejanza real y viva de la ley real y de la justicia verdadera; todo lo que tenemos son sombras y bocetos.»

Todos los pensadores del mundo antiguo tenían esta idea de que, en algún lugar, hay un mundo real del que éste es sólo una especie de copia imperfecta. Aquí no podemos hacer más que suponer o andar a tientas, valiéndonos de copias y reproducciones imperfectas. Pero, en el mundo invisible, están las cosas reales y perfectas. Cuando murió Newman, le erigieron una estatua en cuyo pedestal se leen las palabras latinas: *Ab umbris et imaginibus ad veritatem*, «De las sombras y las copias, a la verdad.» Si es así, está claro que la gran tarea de esta vida es salir de las sombras y las reproducciones y alcanzar *la realidad*. Exactamente esto es lo que el autor de la *Carta a los Hebreos* nos dice que Jesucristo nos capacita para hacer. A los griegos les decía: «Os habéis pasado la vida tratando de pasar de las sombras a la realidad. Eso es precisamente lo que Jesucristo puede capacitaros para hacer.

## EL TRASFONDO HEBREO

El autor de *Hebreos* tenía también un *trasfondo hebreo*. Para los judíos siempre era peligroso acercarse demasiado a Dios. «El hombre no puede verme y seguir vivo» —le dijo Dios

a Moisés (*Éxodo 33:20*). La alucinada exclamación de Jacob en Peniel fue: «¡He visto a Dios cara a cara, y no he perdido la vida!» (*Génesis 32:30*). Cuando Manoa se dio cuenta de Quién había sido el Que le había visitado, le dijo a su mujer, aterrado: «Ciertamente moriremos, porque a Dios hemos visto» (*Jueces 13:22, R-V*). El día más solemne del año litúrgico judío era el Día de la Expiación. Era el único día del año que el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo, en el que se creía que moraba la misma presencia de Dios. Nadie entraba allí excepto el sumo sacerdote, y sólo ese día. Cuando lo hacía, la Ley establecía que no debía permanecer en el Lugar Santísimo más de lo imprescindible, «para que no se aterrara Israel.» Era peligroso entrar a la presencia de Dios, y si uno se quedaba allí más de la cuenta podía caer fulminado.

En vista de esto entró en el pensamiento judío la idea del *pacto*. Dios, en Su Gracia y de una manera totalmente inmerecida por el hombre, se acercó a la nación de Israel y le ofreció una relación especial con Él. Pero este acceso exclusivo a Dios estaba condicionado a la observancia de la Ley que Dios había dado al pueblo. Podemos ver cuándo entró Israel en esta relación y aceptó la Ley en la dramática escena de *Éxodo 24:3-8*.

Así es que Israel tenía acceso a Dios, *pero sólo si cumplía la Ley*. El quebrantarla era pecado, y el pecado levantaba una barrera que impedía el acceso a Dios. Fue para quitar esa barrera para lo que se estableció el sistema del sacerdocio levítico y de los sacrificios. Dios dio la Ley; el hombre pecaba; se levantaba la barrera, y se hacía el sacrificio para abrir otra vez el camino a Dios que había cerrado el pecado. Pero la experiencia de la vida era que eso era precisamente lo que el sacrificio no podía hacer. Esa era la prueba de la ineficacia del sistema: que no se acababa nunca de ofrecer sacrificios. Era una batalla perdida e ineficaz para suprimir la barrera que había levantado el pecado entre Dios y el hombre.

## EL PERFECTO SACERDOTE Y EL PERFECTO SACRIFICIO

Lo que la humanidad necesitaba era *un sacerdote perfecto* y *un sacrificio perfecto*, alguien que fuera capaz de ofrecerle a Dios un sacrificio que abriera el camino de acceso a Él de una vez para siempre. Eso, decía el autor de *Hebreos*, es exactamente lo que Cristo ha hecho. Él es el Sacerdote perfecto porque es al mismo tiempo perfectamente humano y perfectamente divino. En Su humanidad lleva al hombre a Dios, y en Su divinidad trae a Dios al hombre. No tiene pecado. El Sacrificio perfecto que presenta a Dios es el Sacrificio de Sí mismo, un Sacrificio tan perfecto que no necesita repetirse nunca. A los judíos les decía el autor de *Hebreos*: «Os habéis pasado la vida buscando al Sacerdote perfecto que puede ofrecer el Sacrificio perfecto y daros acceso a Dios. Le tenéis en Jesucristo, y sólo en Él.»

A los griegos, el autor de *Hebreos* les decía: «Estáis buscando el camino que os lleve de las sombras a la realidad; lo encontraréis en Jesucristo.» Y a los judíos les decía: «Estáis buscando el Sacrificio perfecto que abra el camino a Dios que han cerrado vuestros pecados; lo encontraréis en Jesucristo.» Jesús es el único que da acceso a la realidad y a Dios. Ese es el pensamiento clave de toda esta carta.

## EL ENIGMA DEL NUEVO TESTAMENTO

Hasta aquí lo que está claro; pero cuando pasamos a otras cuestiones de la introducción de *Hebreos* todo parece estar envuelto en misterio. E. F. Scott escribió: «*La Epístola a los Hebreos* es en muchos sentidos el enigma del *Nuevo Testamento*.» Cuándo se escribió, a quién y por quién son preguntas a las que sólo podemos contestar tentativamente. La misma historia de esta carta muestra que este misterio se ha tratado

siempre con una cierta reserva y suspicacia. Pasó bastante tiempo hasta que *Hebreos* llegó a ser uno de los libros incuestionables del *Nuevo Testamento*. La primera lista de éstos, el *Canon de Muratori*, compilado hacia el 180 d.C., ni siquiera lo menciona. Los grandes eruditos alejandrinos Clemente y Orígenes, conocían y amaban *Hebreos*, pero estaban de acuerdo en que se discutía su inclusión en las Sagradas Escrituras. De los grandes padres africanos, Cipriano nunca lo menciona, y Tertuliano sabía que se discutía su aceptación. Eusebio, el gran historiador de la Iglesia, dice que estaba entre los libros discutibles. Hasta el tiempo de Atanasio, a mediados del siglo IV, no se aceptó *Hebreos* como libro del *Nuevo Testamento*, y aun Lutero no estaba muy seguro acerca de él. Es extraño que este gran libro tuviera que esperar tanto tiempo para ser reconocido y aceptado.

### ¿CUÁNDO SE ESCRIBIÓ?

La única información que tenemos procede de la misma carta. Está claro que iba dirigida a lo que podríamos llamar una segunda generación de creyentes (2:3). Los destinatarios habían recibido el Evangelio de los que habían escuchado al Señor. La comunidad a la que se dirige no era nueva en la fe cristiana; ya deberían ser mayores de edad en la fe (5:12). Deben de haber tenido una historia larga, porque se les exhorta a recordar el pasado (10:32). Tenían una gran tradición y mártires heroicos que ellos deberían recordar para recibir inspiración (13:7).

Lo que nos ayudará más a fechar esta carta son sus referencias a la persecución. Está claro que hubo un tiempo en que sus líderes habían muerto por la fe (13:7). Está claro que ellos mismos todavía no habían sufrido la peor persecución, porque no habían tenido que resistir hasta el punto de derramar su sangre (12:4); pero está claro que habían sufrido malos tratos, porque los habían despojado de sus bienes (10:32-34). Y el

tono y desarrollo de la carta dejan bien claro que hay peligro de que tengan que arrostrar otra persecución. Por todo lo cual se puede decir que esta carta debe de haberse escrito entre dos persecuciones, en días en los que no se perseguía de hecho a los cristianos pero tampoco se los miraba con buenos ojos. Ahora bien: la primera persecución fue en el tiempo de Nerón, en el año 64 d.C.; y la siguiente fue en el tiempo de Domiciano, hacia el 86 d.C. No creemos equivocarnos mucho si decimos que entre estas dos fechas, probablemente más cerca de la segunda, sería cuando se escribió esta carta.

### ¿A QUIÉNES IBA DIRIGIDA?

En esto también tenemos que depender de detalles que encontramos en la misma carta. Una cosa es cierta: no parece que se mandara a una de las grandes iglesias, porque en tal caso no se habría perdido tan completamente el nombre del lugar. Vamos a establecer lo que sabemos. La carta iba dirigida a una iglesia que hacía tiempo que se había establecido (5:12); que había sufrido persecución en el pasado (10:32-34); que había tenido grandes momentos y grandes maestros y líderes (13:7); que no había sido fundada por ninguno de los apóstoles (2:3), y que se caracterizaba por su generosidad (6:10).

Tenemos una alusión bastante concreta. Entre los saludos finales encontramos la frase, como aparece en la versión Reina-Valera: «Los de Italia os saludan.» (13:24). Según esta referencia, la carta puede que se escribiera, o *desde* Italia, o *a* Italia; lo segundo más probablemente. Supongamos que yo me encuentro en Glasgow y estoy escribiendo a un lugar del extranjero. No sería normal que dijera: «Todos los de Glasgow os mandan recuerdos.» Pero suponed que estoy en algún lugar del extranjero donde hay una pequeña colonia de gente de Glasgow; entonces sí diría: «Todos los de Glasgow os mandan recuerdos.» Así es que podemos decir que la carta iba dirigida *a Italia*; y, en tal caso, casi seguro que sería a Roma.

Pero igualmente seguro es que no sería para la iglesia de Roma en general, porque en tal caso no habría perdido el título. Además, nos da la impresión inconfundible de que iba dirigida a un grupo reducido de personas que tenían mucho en común. Y todavía más: era un grupo de personas con buena preparación intelectual. Del 5:12 podemos deducir que hacía tiempo que estaban recibiendo enseñanza y se estaban preparando para ser maestros de la fe cristiana. Y además, *Hebreos* requiere tal conocimiento del *Antiguo Testamento* y de la religión judía que debe de haberlo escrito un profesor para estudiantes aventajados. Resumiendo todo lo dicho, podemos establecer que *Hebreos* es la carta de un gran maestro a un grupo reducido, o seminario, de estudiantes cristianos de Roma. El autor era su maestro; temporalmente estaba ausente, y temía que se desviarán de la fe, por lo cual les dirige esta carta. Es más una charla que una carta. No empieza como las cartas de Pablo, aunque sí se les parece al final en los saludos. El autor mismo la llama «un mensaje de exhortación.» (13:22).

### ¿QUIÉN LA ESCRIBIÓ?

Tal vez el problema del autor de esta carta sea el más difícil de resolver. Precisamente eso fue lo que mantuvo esta carta tanto tiempo pendiente de admisión definitiva en el *Nuevo Testamento*. Su título desde el principio era sencillamente «*A los Hebreos*.» No tenía nombre de autor, y nada la conectaba especialmente con el de Pablo. Clemente de Alejandría pensaba que Pablo había podido escribirla en hebreo, y que Lucas la habría traducido, porque el estilo es diferente del de Pablo. Orígenes hizo una observación que se ha hecho famosa: «Quién escribió la *Carta a los Hebreos* sólo Dios lo sabe a ciencia cierta.» Tertuliano creía que había sido Bernabé. Jerónimo decía que la iglesia latina no la consideraba de Pablo, y añade: «El que escribió *A los Hebreos*, quienquiera que fuera...» Agustín tenía el mismo sentir. Lutero declaró que no



podía haber sido Pablo el que la hubiera escrito, porque no refleja su pensamiento. Calvino decía que no podía llegar a pensar que esta carta fuera de Pablo.

En ningún momento de la historia de la Iglesia se pensó realmente que Pablo fuera el autor de *Hebreos*. Entonces, ¿cómo llegó a atribuírsele? Muy sencillo: cuando el *Nuevo Testamento* llegó a tener su contenido definitivo, se había discutido mucho, desde luego, qué libros se debían incluir y cuáles no. Para zanjar la cuestión se les aplicó una prueba: ¿Era el libro en cuestión obra de un apóstol o, por lo menos, de alguien que hubiera estado en contacto directo con alguno? Ya entonces se conocía y amaba *Hebreos* en toda la Iglesia. Casi todos los cristianos estaban de acuerdo con Orígenes en que sólo Dios sabía quién lo había escrito, pero lo amaban y creían que *debía* formar parte del *Nuevo Testamento*; y la única manera de conseguirlo era atribuírselo a Pablo. *Hebreos* se ganó la entrada en el *Nuevo Testamento* sencillamente por su calidad; pero para entrar tenía que incluirse entre las cartas de Pablo y figurar bajo su nombre. Todos sabían muy bien que no era de Pablo, pero lo incluyeron entre sus cartas para asegurarle la entrada, porque nadie sabía quién lo había escrito.

## EL/LA AUTOR/A DE HEBREOS

¿Podríamos adivinar quién fue el autor? Se han presentado muchos candidatos. Vamos a considerar sólo tres de ellos.

(i) Tertuliano decía que lo había escrito Bernabé. Bernabé era de Chipre; los chipriotas eran famosos por lo bien que conocían el griego, y *Hebreos* está escrito en el mejor griego del *Nuevo Testamento*. Era levita (*Hechos 4:36*), y de todos los hombres del *Nuevo Testamento* sería el que tuviera un conocimiento más directo del sistema sacerdotal y sacrificial en el que se basa todo el pensamiento de esta carta. Se le llama *hijo de consolación* (*R-V*); la palabra griega es *paraklêsis*; y *Hebreos* se llama una palabra de *paraklêsis* (*13:22*). Fue uno de

los pocos hombres aceptables para los judíos y para los griegos, y se sentía como en su propia casa en ambos mundos de pensamiento. Puede que fuera Bernabé el que escribiera esta carta; pero en tal caso es extraño que se perdiera tan completamente su nombre.

(ii) Lutero estaba seguro de que el autor había sido Apolos, que según el *Nuevo Testamento* era judío, natural de Alejandría, elocuente y poderoso en las Escrituras (*Hechos 18:24ss.*; *1 Corintios 1:12*; *3:4*). El que escribió esta carta conocía las Escrituras; era elocuente, y pensaba y razonaba de la manera típica de los Alejandrinos. El autor de *Hebreos* era, sin duda, una persona como Apolos en pensamiento y trasfondo.

(iii) La conjetura más romántica es la del gran investigador alemán Harnack, que creía que tal vez habían escrito esta carta Aquila y Priscila, entre los dos. Aquila era un maestro de la iglesia (*Hechos 18:26*). Su casa de Roma era una iglesia (*Romanos 16:5*). Harnack pensó que es por eso por lo que la carta no empieza con saludos y por lo que se ha perdido el nombre del autor: porque el autor principal de *Hebreos* había sido *una autora*, y a las mujeres no se les permitía enseñar.

Pero, cuando llegamos al final de las conjeturas tenemos que coincidir con lo que dijo Orígenes hace mil setecientos años: que sólo Dios sabe quién escribió *Hebreos*. El autor sigue siendo una voz, y nada más; pero debemos dar gracias a Dios por la obra de este gran anónimo que escribió con incomparable habilidad y belleza acerca de Jesús, Que es el camino a la Realidad y a Dios.

## EL FIN DE LO FRAGMENTARIO

### *Hebreos 1:1-3*

*Dios había hablado en muchas ocasiones y de muchas maneras a nuestros antepasados por medio de los profetas de la antigüedad; pero al final de estos días que estamos viviendo nos ha hablado a nosotros por medio de Uno que es un Hijo, un Hijo al Que Dios ha destinado para que entre en posesión de todas las cosas, un Hijo por medio de Quien Dios hizo el universo. Era la misma refulgencia de la gloria de Dios; era la expresión exacta de la misma esencia de Dios; llevó adelante todas las cosas con Su poderosa Palabra y, después de haber hecho purificación por los pecados humanos, asumió el trono real a la diestra de la Gloria en las alturas.*

Este es el pasaje escrito en el más sonoro griego de todo el *Nuevo Testamento*, que habría sido el orgullo de cualquier orador griego clásico. El autor de *Hebreos* aporta todos los recursos de palabra y de ritmo que podía contribuir la bella y flexible lengua griega. Las dos expresiones que hemos traducido por *en muchas ocasiones y de muchas maneras* están formados por una sola palabra cada una: *polymêros* y *polytropôs*. *Poly-* en tales combinaciones quiere decir *muchos/as*, y los grandes oradores griegos, como Demóstenes, el más grande de todos, solían entretener tales palabras sonoras en el primer párrafo de sus discursos. El autor de *Hebreos* creía que, como iba a hablar de la suprema revelación de Dios a la

humanidad, debía vestir sus pensamientos en el lenguaje más noble que pudiera encontrar.

Aquí hay algo que nos llama la atención. El que escribió esta carta debe de haber recibido una preparación en oratoria griega. Cuando se convirtió a Cristo, no se deshizo de su preparación, sino *usó en el servicio de Jesucristo el talento que tenía*. Es muy conocida la encantadora leyenda francesa del Juglar de la Virgen. Estaba en un convento, y uno de los monjes le vio entrar en la cripta y ponerse a ofrecerle a la Virgen todas sus mejores gracias y acrobacias, hasta quedar agotado. Y entonces el oculto espectador vio que la imagen de la Virgen cobraba vida, se bajaba de su pedestal y se ponía a enjugar cariñosamente el sudor de la frente de su devoto que le había ofrecido lo mejor, tal vez lo único que sabía hacer. Cuando una persona se hace cristiana, no se le pide que abandone todos los talentos que tenía antes, sino que los use en el servicio de Jesucristo y de Su causa.

La idea básica de esta carta es que sólo Jesucristo trae a los hombres la revelación completa de Dios, y que sólo Él nos capacita para entrar a la misma presencia de Dios. El autor empieza contrastando a Jesús con los profetas de tiempo antiguo. Dice que Él vino *al final de estos días que estamos viviendo*. Los judíos dividían todo el tiempo en dos edades: la presente, y la por venir. Entre ambas colocaban el Día del Señor. La edad presente era totalmente mala; la edad por venir iba a ser la edad de oro de Dios. El Día del Señor sería como los dolores de alumbramiento de la nueva era. Así es que el autor de *Hebreos* dice: «El tiempo antiguo está pasando; la era de lo fragmentario ha terminado; ha llegado a su final el tiempo del suponer y del andar a tientas; la nueva era, la edad de oro de Dios ha amanecido con Jesucristo.» Ve entrar el mundo y el pensamiento de los hombres, como si dijéramos, en un nuevo principio con Cristo. Con Jesús, Dios ha entrado en la humanidad, la eternidad ha invadido el tiempo y nada puede ser ya como era antes.

Contrasta a Jesús con los profetas, que se creía que estaban

en los consejos secretos de Dios. Hacía mucho, Amós había dicho: «El Señor Dios no hace nada sin antes revelarle Su plan a Sus siervos los profetas» (*Amós 3:7*). Filón había dicho: «El profeta es el intérprete del Dios Que habla en lo interior.» Y también: «Los profetas son los intérpretes de Dios, Que los usa como instrumentos para revelar a la humanidad Su voluntad.» En años posteriores esta doctrina se había mecanizado totalmente. Atenágoras decía que Dios movía las bocas de los profetas como un músico que toca un instrumento, y que al inspirarlos con su Espíritu era como un flautista tocando la flauta. Justino Mártir decía que lo divino que descendía del Cielo y pasaba por los profetas era como el plectro que se mueve por el arpa o el laúd. Se acabó por decir que los profetas no tenían más que ver con el mensaje que un instrumento con la música que se tocaba en él, o una pluma con el mensaje que se escribía con ella. Eso era mecanizar excesivamente la cosa; porque hasta el más excelente músico está hasta cierto punto a merced de su instrumento, y no puede producir buena música en un piano desafinado o al que le faltan notas, lo mismo que el que escribe está a merced del utensilio del que se vale para escribir... y no se diga si es un P.C. Dios no puede revelar más de lo que la humanidad puede comprender. Su revelación tiene que pasar por las mentes y los corazones de las personas. Eso es exactamente lo que vio y dijo el autor de *Hebreos*.

Dice que la revelación de Dios la transmitieron los profetas *en muchas ocasiones (polymerôs) y de muchas maneras (polytropôs)*. Aquí hay dos ideas.

(i) La revelación de los profetas tenía una grandeza multiforme que la hacía algo tremendo. De edad en edad habían hablado, siempre en sazón, nunca como algo extemporáneo. Al mismo tiempo, esa revelación era *fragmentaria*, y había que presentarla de tal manera que se pudiera entender en las limitaciones de cada tiempo. Es algo sumamente interesante el ver cómo una y otra vez los profetas se caracterizan por una idea. Por ejemplo, *Amós es una llamada a la justicia social*. *Isaías* había captado *la santidad de Dios*. *Oseas*, partiendo de su

propia amarga experiencia familiar, había comprendido la maravilla del *amor perdonador de Dios*. Cada profeta, de su propia experiencia de la vida y de su experiencia de Israel, había captado y expresado *un fragmento* de la verdad de Dios. Ninguno había abarcado la totalidad del orbe de la verdad. Pero en el caso de Jesús era diferente: Él no era un fragmento de la verdad, ni siquiera el más nuevo, sino la Verdad total. En Él Dios mostraba, no algún aspecto de Su carácter, sino la totalidad de Su Ser.

(ii) Los profetas usaron muchos métodos. Usaban *la palabra*; y, cuando este método fallaba, usaban *la acción dramática* (Cp. *1 Reyes 11:29-32; Jeremías 13:1-9; 27:1-7; Ezequiel 4:1-3; 5:1-4*). El profeta tenía que usar métodos humanos para transmitir su parte de la Verdad de Dios. Y de nuevo notamos que con Jesús era diferente: revelaba a Dios *siendo Él mismo*. No era tanto por lo que Jesús decía o hacía como nos mostraba a Dios, sino por cómo era Él, Jesús mismo.

La revelación de los profetas era grande y multiforme, pero era fragmentaria, y presentada por los métodos que los profetas tenían a su disposición y podían usar efectivamente. La revelación de Dios en Jesús es completa, y presentada en el mismo Jesús. En una palabra: los profetas eran *amigos* de Dios; pero Jesús era otra cosa: era *Su Hijo*. Los profetas captaron *una parte* de la mente de Dios; pero Jesús *era esa Mente*. Hay que advertir que el autor de *Hebreos* no tenía la más mínima intención de quitar importancia a los profetas; lo que sí quería era presentar la supremacía de Jesucristo. No está diciendo que hay *una solución de continuidad* entre la revelación del Antiguo Testamento y la del Nuevo Testamento; está subrayando el hecho de que hay *continuidad*, pero es la continuidad que conduce a *la consumación*.

El autor de *Hebreos* usa dos grandes figuras para describir cómo era Jesús. Dice que era el *apáygasma* de la gloria de Dios. *Apáygasma* puede querer decir una de dos cosas en griego. Puede querer decir *la refulgencia*, la luz que se irradia, como la del Sol; o puede querer decir *el reflejo*, la luz que se refleja,

como la de la Luna. Aquí probablemente quiere decir lo primero, *refulgencia*. Jesús es el resplandor de la gloria de Dios entre los hombres.

Dice que Jesús era el *jaraktêr* de la misma esencia de Dios. En griego, *jaraktêr* quiere decir dos cosas: la primera, *un sello*; y la segunda, *la impresión* que se hace con el sello en la cera, el lacre o el papel. La impresión es la reproducción exacta del sello; así es que, cuando el autor de *Hebreos* dice que Jesús es el *jaraktêr* de la misma esencia de Dios, quiere decir que es la perfecta imagen de Dios. Exactamente como cuando miramos a la impresión sabemos con toda seguridad cómo era el sello con el que se hizo, así cuando miramos a Jesús sabemos exactamente cómo es Dios.

C. J. Vaughan ha señalado seis grandes cosas que nos dice este pasaje sobre Jesús.

(i) La gloria original de Dios Le pertenece. Aquí nos encontramos con una idea maravillosa: Jesús es la gloria de Dios; por tanto, vemos con sorprendente claridad que la gloria de Dios no consiste en aplastar a los seres humanos o en reducirlos a una esclavitud envilecedora, sino en servirlos y amarlos y, por último, morir por ellos. No es la gloria de un poder que aniquila todo lo que se le opone, sino la de un amor que comparte el sufrimiento y que redime.

(ii) El imperio programado Le pertenece a Jesús. Los escritores del *Nuevo Testamento* nunca pusieron en duda Su triunfo final. Tenedlo presente: estaban pensando en el Carpintero de Nazaret que fue ajusticiado como criminal en una cruz a las afueras de Jerusalén. Ellos mismos también arrostraban una persecución salvaje y eran gente de lo más humilde. Como Sir William Watson dijo de ellos,

Así fue sacrificado al lobo furioso del Odio  
el rebañito jadeante y acurrucado cuyo crimen era Cristo.

Y sin embargo, nunca pusieron en duda la victoria final. Estaban seguros de que el amor de Dios estaba respaldado por

Su poder, y al final todos los reinos del mundo serán los reinos del Señor y de Su Cristo.

(iii) La acción creadora Le pertenece a Jesús. La Iglesia Primitiva mantenía que el Hijo había sido el Agente de Dios en la Creación, que Dios había creado el mundo originalmente por medio de Él. Estaban seguros de que el Que había creado el mundo era el mismo Que lo había redimido.

(iv) El poder sustentador Le pertenece a Jesús. Aquellos cristianos originales se aferraban valerosamente a la doctrina de *la Providencia*. No creían que Dios se había limitado a crear el mundo para abandonarlo después. Veían en todo el Poder que sostenía al mundo y a cada vida hasta el fin señalado. Creían

«que nada marcha a la deriva;  
ninguna vida se perderá  
ni se tirará como basura al vacío  
cuando Dios haya completado Su montón.»

(v) A Jesús Le pertenece la obra redentora. Él ha pagado el precio del pecado con Su Sacrificio; con Su continua presencia libra del pecado.

(vi) A Jesús Le pertenece la exaltación mediadora. Ha ocupado el lugar que Le corresponde a la diestra de la Gloria; pero la idea maravillosa del autor de *Hebreos* es que, cuando entremos a la presencia de Dios, veremos que Jesús no estará allí como fiscal para formular la acusación, sino como Abogado, intercediendo por nosotros con amor entrañable.

## POR ENCIMA DE LOS ÁNGELES

### *Hebreos 1:4-14*

*Era superior a los ángeles por cuanto había recibido una dignidad muy superior a la de ellos. Porque, ¿a qué ángel había dicho Dios nunca: «Mi Hijo es lo que Tú*



*eres; soy Yo Quien hoy te imparto Mi propia vida.» Y otra vez: «Yo seré para Él un Padre, y Él será para mí un Hijo.» Y de nuevo, cuando introduce a Su Elegido en el mundo de los hombres, dice: «¡Que le rindan pleitesía todos los ángeles de Dios!» En cuanto a los ángeles, dice: «Él hace a los vientos Sus mensajeros, y a las llamas de fuego Sus servidoras.» Pero refiriéndose al Hijo, dice: «Dios es Tu trono para siempre jamás, y cetro de integridad es el cetro de Tu Reino. Por cuanto has amado la justicia y aborrecido la iniquidad, Dios Te ha ungido; sí, Tu Dios, con óleo de exaltación por encima de tus compañeros.» Y también dice del Hijo: «En el principio Tú, oh Señor, echaste los cimientos de la Tierra, y los cielos son obra de Tus manos. Ellos perecerán, pero Tú permaneces inalterable. Todos ellos se pondrán viejos como la ropa, y como se hace con un manto los doblarás y cambiarás. Pero Tú eres siempre Tú mismo, y Tus años no se agotarán.» ¿A cuál de los ángeles dijo Dios nunca: «Siéntate a Mi diestra hasta que Te ponga a Tus enemigos por estrado»? ¿No es verdad que no son más que ministros espirituales a los que Dios manda constantemente en misiones al servicio de los que están destinados a entrar en posesión de la Salvación?»*

En el pasaje anterior, el autor se ocupaba de demostrar la superioridad de Jesús sobre los profetas. Ahora se propone demostrar Su superioridad sobre los ángeles. El que considere que vale la pena hacerlo demuestra la importancia que tenían los ángeles en el pensamiento judío de aquel tiempo. Entonces estaban en ascendente. La razón era que cada vez causaba más impresión lo que se llama *la trascendencia* de Dios. Se sentía cada vez más la distancia y la diferencia infinita que hay entre Dios y el hombre. El resultado era que se consideraba a los ángeles como mediadores entre Dios y los hombres. Se llegó a creer que los ángeles salvaban la sima que existía entre Dios

y los hombres; que Dios hablaba a los hombres por medio de los ángeles, y los ángeles llevaban las oraciones de los hombres a la presencia de Dios. Este proceso queda claro en un ejemplo: En el *Antiguo Testamento* leemos que Dios dio la Ley directamente a Moisés sin necesidad de ningún intermediario. Pero en los tiempos del *Nuevo Testamento* los judíos creían que Dios había dado la Ley en primer lugar a los ángeles para que se la pasaran a Moisés, y esto porque se consideraba inconcebible que existiera una comunicación directa entre Dios y un hombre (Cp. *Hechos 7:53*, y *Gálatas 3:19*).

Si consideramos algunas de las ideas básicas de los judíos acerca de los ángeles veremos que reaparecen en este pasaje. Dios vivía rodeado de huestes celestiales (*Isaías 6*; *1 Reyes 22:19*). Algunas veces se toman los ángeles como el ejército de Dios (*Josué 5:14s*). La palabra griega para *ángeles* es *ángueloi*, y en hebreo *mal' akîm*. En las dos lenguas estas palabras quieren decir *mensajeros* además de *ángeles*, y de hecho se usan más corrientemente con ese sentido. Se creía que los ángeles eran realmente los instrumentos que Dios usaba para enviar Su palabra y hacer Su voluntad en el mundo de los seres humanos. Se decía que estaban hechos de una sustancia etérea semejante al fuego, como la luz. Fueron creados o el segundo o el quinto día de la Creación. No comían ni bebían ni tenían hijos. A veces se creía que eran inmortales, aunque, por supuesto, Dios los podía aniquilar; pero había otra creencia acerca de su existencia que ahora veremos. Algunos de ellos, los *serafîm*, los *kerubîm* y los *ofanîm* (*-im* es la terminación de plural de los nombres masculinos en hebreo) estaban siempre alrededor del trono de Dios. Se creía que tenían más conocimiento que los hombres, especialmente acerca del futuro; pero no por sí mismos, sino porque oían cosas a veces «detrás del velo.» Se los consideraba como una especie de *séquito*, o como *la familia* de Dios. También se los consideraba a veces como una especie de senado celestial; Dios no hacía nada sin consultárselo. Por ejemplo, cuando Dios dijo: «*Hagamos* al hombre a *nuestra* imagen...» (*Génesis 1:26*) estaba hablando con Su

senado angélico. A veces los ángeles protestaban o hacían objeciones a los planes de Dios. En particular, objetaron a la creación del género humano, por lo que fueron aniquiladas muchas de sus tropas; y también objetaron a que se les diera la Ley a los hombres, y hasta atacaron a Moisés cuando subía al monte Sinaí. Esto fue porque se pusieron celosos, y no querían compartir ninguna de sus prerrogativas con otra criatura. Había millones y millones de ángeles. Los nombres de algunos de ellos no aparecen hasta épocas posteriores. Estaban, en particular, los siete «ángeles de la presencia», que eran los arcángeles, los principales de los cuales eran Rafael, Uriel, Fanuel, Gabriel —que era el que traía los mensajes de Dios a los humanos— y Miguel —el ángel encargado de los asuntos del pueblo de Israel. Los ángeles tenían muchas obligaciones. Traían los mensajes de Dios a los hombres, y después desaparecían (*Jueces 13:20*). Intervenían por orden de Dios en los acontecimientos de la Historia (*2 Reyes 19:35s*). Había doscientos ángeles que controlaban los movimientos de las estrellas y las mantenían en sus cursos. Había un ángel encargado de la sucesión de los años, los meses y los días. Había un ángel, un poderoso príncipe, que estaba al cuidado del mar. Había ángeles de la escarcha, del rocío, de la lluvia, de la nieve, del granizo, del rayo y del trueno. Había ángeles que eran conserjes del infierno y de las torturas de los condenados. Había ángeles secretarios que escribían todas las palabras que decían los hombres. Había ángeles destructivos y castigadores. Estaba Satán, que era el ángel fiscal, que todos los días menos el Día de la Expiación Le presentaba las acusaciones a Dios. Estaba el ángel de la muerte, que sólo salía cuando Dios se lo mandaba y que llevaba la cita a buenos y malos igualmente. Cada nación tenía su ángel de la guarda que tenía la *prostasia*, la presidencia, sobre ella. Cada individuo tenía su ángel de la guarda. Los niños también tenían sus ángeles (*Mateo 18:10*). Había tantos ángeles que los rabinos decían que cada hojita de hierba tenía el suyo.

Había una creencia especial que sólo tenían algunos, a la que tal vez se hace referencia indirectamente en el pasaje que

estamos estudiando. La creencia general era que los ángeles eran inmortales; pero algunas personas creían que los ángeles no vivían nada más que un día. En algunas escuelas rabínicas se enseñaba que «Dios crea todos los días una nueva compañía de ángeles que cantan una canción delante de Él y dejan de ser.» «Los ángeles se renuevan cada mañana, y cuando han alabado a Dios vuelven a la corriente de fuego de donde salieron.» *Esdras 8:21* habla de Dios «ante Quien el ejército del Cielo permanece en terror y a Cuya palabra se convierten en viento y en fuego.» Una homilía rabínica hace decir a uno de los ángeles: «Dios nos cambia cada hora... Unas veces nos hace fuego, y otras veces viento.» Tal vez era eso lo que quería decir el autor de *Hebreos* cuando menciona que Dios hace a Sus ángeles viento y fuego, aunque preferimos la traducción que hemos propuesto, de acuerdo con el *Salmo 104*, el salmo de la obra de Dios en la naturaleza.

Con una angelología tan amplia podría haber peligro de que los ángeles se convirtieran, en el pensamiento de algunos, en intermediarios entre Dios y los hombres. Era necesario mostrar que el Hijo estaba incalculablemente por encima de los ángeles. El autor de *Hebreos* lo hace citando lo que considera que son textos prueba en los que se da al Hijo una posición muy superior a la de los ángeles. Los textos que cita son: *Salmo 2:7*; *2 Samuel 7:14*; *Salmo 97:7*, o *Deuteronomio 32:43*; *Salmo 104:4*; *Salmo 45:7s*; *Salmo 102:26s*; *Salmo 110:1*. Algunos de estos textos difieren de las versiones que conocemos porque el autor de *Hebreos* los citaba de la Septuaginta, la versión griega del *Antiguo Testamento*, que no siempre coincide exactamente con el original hebreo del que son traducción las nuestras. Algunos de los textos de cita nos sorprenden. Por ejemplo: *2 Samuel 7:14* en el original es sencillamente una referencia a Salomón y no se refiere al Hijo o Mesías. El *Salmo 102:26s* se refiere a Dios y no al Hijo. Pero es que siempre que los primeros cristianos encontraban un texto con la palabra *hijo* o con la palabra *Señor*, consideraban que se refería a Jesús.

Había un peligro que el autor de *Hebreos* quería evitar a toda costa. La doctrina de los ángeles es algo muy hermoso, pero tiene un peligro. Introduce a una serie de seres aparte de Jesús por medio de los cuales se supone que el hombre se puede acercar a Dios. El autor de *Hebreos* deja bien clara la gran verdad de que no necesitamos a ningún ser espiritual para que nos introduzca: Jesucristo ha derribado todas las barreras y abierto un camino directo a la presencia de Dios.

## LA SALVACIÓN QUE NO DEBEMOS DESCUIDAR

### *Hebreos 2:1-4*

*Debemos, por tanto, prestar atención con sumo interés a lo que se nos ha comunicado. Porque, si la Palabra que se transmitió por medio de los ángeles se confirmó que estaba certificada como válida, y si toda transgresión y desobediencia a ella recibía justa sanción, ¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos tan gran Salvación, una Salvación de tal dignidad que tuvo su origen en las palabras del Señor, y luego llegó a nosotros con la garantía de los que la habían escuchado de Sus labios, al mismo tiempo que Dios mismo le adjuntaba Su propio testimonio con señales y milagros y muchas obras poderosas, y dándonos una participación del Espíritu Santo de acuerdo con Su voluntad?*

El autor hace un argumento *a fortiori*, de menos a más, que era característico de la enseñanza rabínica. Tiene en mente dos revelaciones. La primera fue la revelación de la Ley, que se transmitió *por medio de ángeles*; es decir, los Diez Mandamientos. A cualquier transgresión de aquella Ley seguía un castigo estricto y justo. Y la otra revelación es la que se nos ha transmitido directamente *por medio de Jesucristo, el Hijo*. Por venir en y a través del Hijo es infinitamente más importante

que la revelación de la verdad de Dios que trajeron los ángeles; y, por tanto, cualquier transgresión a ella debe ser seguida de un castigo mucho más terrible. Si no se debe descuidar la revelación que vino *por medio de ángeles*, ¡cuánto menos se deberá descuidar la que vino *por medio del Hijo!*

En el primer versículo puede que haya una figura todavía más gráfica que la de la traducción corriente. Las dos palabras clave son *prosejein* y *pararrein*. Hemos tomado *prosejein* en el sentido de *prestar atención*, que es una de sus acepciones corrientes. *Pararrein* tiene muchos significados. Se usa de algo que fluye o que resbala —R-V: «no sea que nos deslicemos»—; se puede decir de un anillo que *se le sale a uno* del dedo; de una partícula de comida que *se le va a uno por la otra vía*; de un tema que *se introduce casualmente* en la conversación; de un punto que *se le escapa* a alguien en un razonamiento; de algún dato que *se le ha ido* a uno de la mente; de algo que se ha traspapelado; es decir, de algo que se ha dejado que se pierda por descuido.

Pero estas dos palabras tienen también un sentido marinero. *Prosejein* puede querer decir *amarrar un barco*; y *pararrein* se puede decir de un barco que se ha dejado por descuido que pasara de largo el puerto porque el marinero no ha contado con el viento, o con la corriente, o con la marea. Así es que el primer verso se podría traducir de una manera más gráfica: «Por tanto, debemos tener cuidado de anclar nuestras vidas a lo que se nos ha enseñado, no sea que el barco de la vida se nos pase el puerto a la deriva, y acabemos en un naufragio.» Es una imagen gráfica de un barco que va a la deriva a su propia destrucción porque el marinero está dormido.

Para la mayor parte de nosotros el peligro no está tanto en lanzarnos al desastre como en dejarnos llevar al pecado sin darnos cuenta. Son menos los que le dan la espalda a Dios en un momento determinado y deliberadamente, que los que se dejan llevar a la deriva día tras día y cada vez más lejos de Dios. No son tantos los que cometen algún pecado desastroso; pero son muchos los que, casi imperceptiblemente, se dejan involucrar en alguna situación hasta que despiertan para encon-

trarse con que han hecho trizas su propia vida y el corazón de alguien más. Debemos estar constantemente en guardia ante el peligro de vivir a la deriva.

El autor de *Hebreos* clasifica bajo dos epígrafes los pecados que atraen el castigo de la Ley; los llama *transgresión* y *desobediencia*. La primera de estas palabras es en griego *parábasis*, que quiere decir literalmente *cruzar una línea*, «pasarse de la raya». El conocimiento y la conciencia han trazado una línea, y el pasarla es pecado. La segunda palabra es *parakoê*. *Parakoê* significó en su origen *oír mal*, como, por ejemplo, uno que es medio sordo. Luego pasó a significar *oír descuidadamente*, «como quien oye llover», de una manera que, por falta de atención, o malentendiendo o no capta lo que se le ha dicho. Y acaba por querer decir *indisposición a oír*, y, por tanto, *desobediencia a la voz de Dios*. Es cerrar los oídos deliberadamente a Sus mandamientos, advertencias e invitaciones.

El autor de *Hebreos* acaba este párrafo mencionando tres cosas por las que la revelación cristiana es única.

(i) Es única por su *origen*. Procede directamente de Jesucristo mismo. No consta de suposiciones y tentativas acerca de Dios; es la misma voz de Dios que viene a nosotros en Jesucristo.

(ii) Es única por su *transmisión*. Había llegado a las personas a las que se escribió *Hebreos* de otras que lo habían escuchado directamente de los labios de Jesús. La única persona que puede pasarles a otras la Verdad cristiana es la que conoce a Cristo «más que de segunda mano.» Para enseñar a otros tenemos que saber a ciencia cierta; y sólo podemos presentar a Cristo si Le conocemos personalmente.

(iii) Es única por su *efectividad*. Se manifestó con señales y milagros y muchas obras poderosas. Alguien felicitó una vez a Thomas Chalmers después de una de sus grandes conferencias. «Sí —respondió él—; pero, ¿qué efecto tuvo?» Como Denney solía decir, la finalidad última del Cristianismo es hacer buenos a los malos; y la prueba del Cristianismo auténtico es que cambia las vidas. Los milagros morales del Evangelio están a la vista de todo el mundo.